

LA POLITICA DEL MIEDO

EN una reciente mesa redonda de la televisión en la que conversaron varios políticos, uno de ellos, Gabriel Cisneros, planteó con exactitud un tema que desgraciadamente no pudo desarrollarse debidamente porque quedó expuesto cuando el tiempo terminaba: el de la política del miedo. O la utilización del miedo como arma política. Detestable y peligrosa arma política. Crear el miedo para hacerse respetar es una viejísimas actitud que se encuentra hasta en las células más iniciales de la formación social: el que los padres inspiran a sus hijos en los cuentos, en las descripciones de la vida exterior, para hacer valer más su capacidad de defensoras. Así probablemente se crean ciudadanos respetuosos y timoratos, pero nunca ciudadanos libres, capaces de responder a la vida y de mantener una actitud creadora.

SIENDO como es nuestra gran derecha paternalista en el más clásico estilo, y siendo como es su gran vocación la de infantilizar al pueblo, no es más que lógico que utilicen este arma como política. Sueltan el fantasma del miedo por las ciudades y los campos, y ofrecen su refugio y su protección. Parecen ser ellos los que tienen el secreto de la paz y de la guerra, el del orden público y el de la integridad física de las personas. A veces es cierto. El lema de ley y orden es clásico: procede incluso de los "sheriffs" del Oeste americano. Los relatos filmicos e históricos nos han hecho ver, muchas veces, quiénes eran los inspiradores de la política de ley y orden y en qué sentido se empleaban. Una muestra de la mentalidad de la gran derecha es la que proclama: "Prefiero la injusticia al desorden"; su firmante fue Goethe. Se sabe lo que pasaría años más tarde en su país cuando el orden se convirtió en "orden nuevo". Pero nunca se ha explicado suficientemente por qué esta derecha cree tener el monopolio del orden público y, por lo tanto, es capaz de monopolizar también la administración del miedo.

LA Historia del mundo es lo suficientemente tenebrosa como para que el miedo sea su gran protagonista. Tal vez sea siempre la historia de una lucha de clases, como mantienen los marxistas: bajo esa lucha de clases hay una historia de escasez y de privaciones, y una guerra continua por la acaparación de las riquezas como defensa ante el espectro de la muerte. La nueva opulencia de un sector del mundo del que se ha erradicado hasta cierto punto la miseria y la muerte lenta por hambre y miseria que todavía prevalecían hasta principios de siglo, y que en algunos países de esa zona del mundo sigue coexistiendo con la opulencia, es consecuencia de una exportación de la miseria hacia ciertos círculos exteriores. Hay países, como España, donde sigue existiendo esa dualidad opulencia-miseria en grados muy elevados. En los últimos tiempos, la recesión mundial y la ola de reivindicaciones de las zonas a las que se exportó el hambre y la miseria han causado un cierto desequilibrio en los países ricos. España está sufriendo especialmente esa ola, como consecuencia de una falta de sentido económico realista que ha precedido a la situación actual, en la cual, por cierto, no se advierte un esfuerzo concreto por cambiar el sentido de la herencia de ruina y de inseguridad económica. Que se está trasladando a la vida social. Por los mecanismos vigentes hasta ahora, se está proyectando de nuevo la sombra fría de la miseria a las clases que siempre han sido destinatarias de ese mensaje. Las clases que tuvieron que abandonar sus tierras para buscar trabajo en el extranjero o en otras ciudades de mayor privilegio, las que se vieron simultáneamente privadas de una dirección

sindical y de unos órganos de expresión, reciben ahora la carga de la inflación, la del desempleo: son las víctimas de las fugas de capitales, de las huelgas de inversores, de los fiascos en la importación, de la falta de productividad en la industria, de la insensata destrucción de la agricultura. Los que siempre reciben las bofetadas han llegado a un momento en que tienen que hacerse oír, y tienen que solicitar con su única fuerza una administración más justa de la riqueza y de la pobreza. La gran derecha, la que engendra el miedo, acusa a este Gobierno de blandura en la represión, de poca vocación para el cumplimiento de la ley y el orden —a su medida—. Lo cual no es cierto. Hay en estos últimos años un número elevado de muertos y heridos —heridos a los cuales hay que sumar los de la semana pasada en Galicia, donde unos campesinos trataban de defender sus tierras— para saber que este Gobierno no ha abandonado su vocación de dique de unas fuerzas sociales. Lo que sucede es que el grado de insostenibilidad de la vida diaria ha aumentado hasta el punto de hacer olvidar a quienes reivindican su derecho a la vida el otro riesgo rápido al que se someten.

JUNTO a esa vocación clásica de orden público que el actual Gobierno mantiene con bastante crudeza, hay también unos pasos, tímidos en lo que se consigue, pero bastante audaces en la comparación con lo que era antes y con lo que los poderosos antiguos quieren que siga siendo, de una mayor justicia distributiva. Debe ésta venir por un régimen donde la representación política y, por lo tanto, la decisión final de la administración proceda del pueblo: un régimen con Parlamento, partidos, sindicatos y prensa libre. Es otro orden. Un orden que se presenta en estos momentos como inevitable, a pesar de todas las maniobras de retraso de todos los poderes. Es cierto que solamente la instauración de todas las premisas democráticas permitiría abrir una puerta a una mayor justicia social. Solamente abrir una puerta. El mundo está lleno de democracias formales que, a pesar de la apertura de la puerta social, siguen manteniendo una situación injusta en el reparto de la riqueza.

PERO basta que se abra esa puerta un poco para que los paternalistas del miedo griten ya a la guerra civil y llamen al arma a sus fieles. Repiten que hay un ciclo inevitable, dentro de la torpeza histórica de los ciclos ineluctables —la vía de Toynbee o la del prenazí Spengler—, que en España se cumpliría por el paso dictadura-Monarquía liberal-República-guerra civil. Con una interpretación de las causas desastrosas de ese ciclo que no son históricamente como las plantean. Sobre esta idea primaria de lo irrepetible, agitan el pepló sangriento de la tragedia por venir: la tragedia de la revolución, del comunismo, del totalitarismo y la opresión. No dudan en falsificar la historia pasada y la política presente: en recurrir a evocaciones como la de Paracuellos —sin respeto siquiera para sus víctimas— o en aludir a confabulaciones actuales.

NO vacilan en construir documentos falsos, en buscar declaraciones de personajes caducos, en interpretar a su gusto y manera los acontecimientos. Hay editorialistas, hay tituladores que se han hecho maestros consumados en el arte de tergiversar la realidad.

NO es de extrañar que acudan a la vieja patraña del comunismo. Se sabe lo que ha sido en Europa y en América en los últimos años. Su calidad de fantasma

IEDO

agitado lo describían ya los propios fundadores del comunismo, Marx y Engels, en el Manifiesto que comenzaba con estas palabras: "Un fantasma recorre el mundo...". Se sabe bien que estos anticomunistas no están combatiendo realmente el comunismo, sino otras fuerzas: las izquierdas en general, el liberalismo, la democracia como sistema. Y al mismo Gobierno. Se sabe cómo sobrecargan las tintas en elementos introducidos en la sociedad, como la pornografía o las drogas, o las costumbres llamadas licenciosas, para achacarlo todo a los sistemas que se quieren implantar. No buscan estos creadores del pánico evitar el comunismo, porque saben que está muy lejos de cualquier posibilidad de poder en el país, y porque si no existiera, lo inventarían: buscan evitar unas formas de representación popular y, por lo tanto, unas nuevas formas de administrar riqueza y pobreza en España que serían contrarias a sus intereses. No a los intereses del gran dinero, porque el capitalismo sabe muy bien abrazar las vías democráticas y sabe cuáles son los caminos que puede abrir a España una apertura de esta índole, sino a los intereses del pequeño poder despótico, de la corrupción, del abuso y de una serie de canalizaciones por donde se desangra la economía nacional. Soportar un Tribunal de Cuentas renacido y en pleno vigor, aguantar discusiones en unas Cortes libres, leer lo que puede publicar una prensa independiente, es algo que no pueden ni siquiera imaginar.

ESE es su miedo. Y lo proyectan sobre quienes no tienen que defender más que unas posiciones modestas y débiles, y que creen que todo se lo deben a esta situación, y que con otra resultarían empobrecidos, perseguidos o aniquilados. Hacia una clase media siempre tambaleante que está queriendo producir su revolución académica, a la que nunca ha tenido verdadero derecho. La Historia de nuestra Patria en el último siglo, quizá en el anterior, es la de unas revoluciones burguesas: una trajo la República, y fue aniquilada. Otra trajo el régimen de 1939, y fue burlada. Estamos ante una tercera revolución burguesa. La vía para frustrarla es esta conversión del proceso democrático en lo que consideran un caos cuya salida es la guerra civil.

LUCHAR contra ese espectro prefabricado es, sobre todo, misión de cada uno. Es un examen real de las circunstancias en que está el país, y es un conocimiento lo más exacto posible de que una guerra civil es imposible, que no tiene sentido, y que los mejores resortes para evitar en el futuro una situación realmente terrorífica están en canalizar al país por una vía normal. La presentación de esta vía que se abre como anormal es una manipulación de la realidad, y atribuir la normalidad a aquello que no ha sido más que una larga excepción, en la cual la violencia tenía un semblante distinto.

LOS profetas de la desgracia, los que insisten en que el pueblo español tiene una "naturaleza" especialmente agresiva —contra toda ciencia—, los que indican que sólo "la mano dura" puede prevalecer, los que pretenden que el país es "ingobernable", los que hacen sonar —como en la frase de Lera— los "clarines del miedo", son los verdaderos creadores del desorden y del caos, que a veces tiene manifestaciones tan agudas como el secuestro de personalidades o los asesinatos de ciudadanos. Decir no a este miedo que nos quieren imponer, no dejarnos llevar por él, no caer en la trampa, es la única actitud posible en estos momentos. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

RECUERDO DE UN VIEJO ENERGUMENO

VALENTIN González iba por las noches al café Mabillon. En su torno se sentaban sus compañeros: los albañiles de su cuadrilla. Volvían cansados de su trabajo en las afueras de París. Habían comido lo que les guisara Fernando Barros en la fogata encendida en el solar. Fernando Barros era un caballero. Llevaba su pobreza con naturalidad antigua, y no accedió nunca a trabajar con sus manos. Problemas de hidalgo pobre. Pero sí había aceptado el empleo de cocinero de la cuadrilla. La cocina es un arte de gentilhomme. Aunque se guisen cuatro patatas y un conejo mal cazado. Por la noche, los derrotados alarifes se reunían en el café más barato y más prolongado —ouvert la nuit— de St. Germain-des-Près y vivían otra vida. "¿Recuerda usted, mi general, cuando...?". "Quizá lo recuerde usted mejor, coronel...".

A Valentín González, "El Campesino", no le habían lucido mucho los dineros de la CIA. Apenas tenía cuatro enseres y, a veces, se los robaban. ¡Pobre feroz guerrero de otros tiempos! Contaban sus enemigos que había huido de la URSS porque se le acusó de robar gallinas. Una huida inverosímil, por el inmenso territorio helado y en guerra, hasta la mismísima Turquía, donde algunos servicios especiales comenzaron a utilizarle. Robar gallinas comunistas le había vuelto un eficaz anticomunista. Se le llevó luego a Roma, donde dio una conferencia en vísperas de las primeras elecciones de la posguerra: era una triste arma del anticomunismo más idiota (el mismo de ahora). Cortés Cabanillas se acordará, porque quiso interrumpir su conferencia llamándole "¡Asesino!".

Valentín González, el pobre energumeno del café Mabillon de París, el "Campesino" de largo pasado abrupto, montaraz y bravío, ensangrentado disparate a la española, bravucón goyesco, era un gran ejemplar de esta fauna. Un vicioso y terrible ejemplar. Un cura Santa Cruz al revés, o quizá no tan al revés. Merecía mejor suerte que la de su utilización por otros energúmenos que no han sido nunca campesinos, ni pistoleros de quien fuera, ni guerrilleros, ni generales de guerra civil, ni fugitivos de la URSS. Ni siquiera ladrones de gallinas. Personaje de ese retablo de títeres de cachiporra, que siguen matando por las esquinas. O por los despachos.

Ahora es un ancianito de asilo. De asilo en el exilio. Y otra vez han ido a buscarle para que cumpla su más triste papel. Para otra campaña anticomunista. Le buscan los mismos tontos de siempre, los tontos inútiles. Los que se inventan, según la cepa latinoamericana, un apócrifo Manual del PCE, tan estúpido como ellos. Y lo difunden, y lo publican, y lo comentan, para su propia vergüenza.

Estos anticomunistas de la vena imbécil llaman a la puerta del asilo del viejo albañil, del general robagallinas, para que diga su opinión del eurocomunismo. Y el pobre títere vencido, el gañán destrozado, responde que no cree en el eurocomunismo. Albricias. Ya están juntos él y ellos. Son los mismos.

Quizá Cortés Cabanillas pueda decir hoy lo mismo que en Roma: "¡Asesino!". Pero, ¿se estará dirigiendo sólo a "El Campesino"? ■

POZUELO